

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 821 Martes 7 de Noviembre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Abrazar un árbol**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **España despertará**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **La Princesa de Asturias**, *Esperanza Aguirre*
- ✚ **España perdida en su habitación**, *José Javier Esparza*
- ✚ **Puigdemont chantajea a Sánchez: «La alternativa es la muerte del PSOE»**, *Alberto Pérez Giménez*
- ✚ **Ante el gran fraude de la ley que se avecina**, *Miguel Ángel Loma Pérez*
- ✚ **La presidenta de la AMP: «Si el TC no responde a la amnistía como procede, tenemos a la justicia europea»**, *Celia Alonso*
- ✚ **Por encima de la ley**, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ **La vía catalana**, *Hughes*

Abrazar un árbol

Manuel Parra Celaya

Reconozco apesadumbrado que nunca se me ha ocurrido abrazar un árbol, salvo cuando el desnivel del terreno podía presagiarme una caída aparatosa en la montaña. Quizás por mi descuido o ignorancia en esta forma de afectividad, me ha sorprendido llegar a conocer que existe un remedio llamado *arboterapia*, que, según sus seguidores y pacientes, relaja a la persona que lo practica, mejora la concentración mental, reduce el estrés y la ansiedad y, en general, aporta paz al alma atormentada por las noticias de la actualidad.

Esta terapia tiene, según dicen, origen asiático, lo que concuerda perfectamente con las actuales inclinaciones del mundo occidental por olvidar sus tradiciones culturales y espirituales cristianas y perseguir un *orientalismo* como guía de conciencia; de esta manera, está de moda sumergirse en técnicas de meditación cercanas al budismo y, en general, a las filosofías de origen hindú; me entero también de que el mundo financiero y empresarial de alto standing es muy aficionado a superar su inevitable



estrés acudiendo a supuestos monasterios donde imperan estas terapias y que algunas estrellas de Hollywood han abrazado incluso estas religiones, logrando paz entre divorcio y divorcio. Como comprenderán, ni entro ni salgo en lo que cada uno haga con su vida, pero, como europeo, me chocan bastante estas tendencias.

Por otra parte, me llega una noticia, relacionada con lo anterior, de que en Cabezón de la Sal se plantean prohibir el abrazar las secuoyas centenarias, porque este uso turístico perjudica estos gigantescos árboles. Tampoco ni entro ni salgo, pero me rechina, de entrada, la palabra *prohibición*, que tanto prolifera en nuestra *cultura de la libertad*, nieta de aquel Mayo del 68 y de su *prohibido prohibir*. Del mismo talante es otra noticia acerca de otra propuesta, supuestamente *ecologista*, de proscribir el uso de los bastones de montaña porque *erosionan peligrosamente el terreno*.

Como sigamos así, llegaremos al culto a la *Pachamama*, que viene a sostener ese Ecologismo Radical de nuestro tiempo, una de las *ideologías woke* al alza, y que choca frontalmente con mi sentido común y mi respeto y defensa de la Naturaleza, que me inculcaron desde muy pequeño en mis campamentos juveniles.

En torno a los árboles, leo en Internet una opinión de un alma bienaventurada que afirma, cariñosamente, que él se abraza muy a gusto al *árbol de España*, y, de este modo, entro en otro terreno en mi artículo. El símil me parece discutible, toda vez que me ofrece una visión telúrica y romántica del patriotismo; uno está más de acuerdo con aquella afirmación de que *si el patriotismo fuera la ternura afectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra; por lo tanto, no veamos en la patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita (yo añadido el árbol, en este caso); veamos un destino, una empresa*.



En efecto, esa forma de patriotismo telúrico –bienintencionado, qué duda cabe– es de vuelo corto, y no supera por elevación, entre otras cosas, a los nacionalismos interiores, igualmente de inspiración romántica; y sobre todo porque, aunque *el corazón tiene sus razones que la razón no entiende*, como dijo Pascal, *también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón*. Me alisto a este patriotismo *de la inteligencia*.

A estas alturas, toda referencia al terruño, a la etnia, al paisaje, al habla, me huele a una *vuelta a la naturaleza* del majadero de Rousseau; del mismo modo que la insistencia en el «*cuidado de la Casa Común*» de Bergoglio, en lugar de invitarme a proteger la Creación y colaborar en ella –porque aún no está acabada–, me huele lejanamente a *indigenismo*, que es la forma que adoptan en Hispanoamérica los nacionalismos internos disolventes de las naciones; y perdón por inmiscuirme en camisas de once varas de tinte teológico...

Puede que exagere en mis reticencias y prevenciones, claro está... Siguiendo con el tema del árbol con que he comenzado este artículo, yo preferiría abrazarme, no a un tronco seco y vetusto, *hendido por el rayo* de los políticos que nos gobiernan, sino a un renuevo joven, altivo y pletórico en cuanto a tareas, empresas y destinos universales. El tronco seco y medio chamuscado es del de las amnistías contra lege, el de

los gobiernos *Frankenstein* con quienes no quieren ser españoles, el de la corrupción, el de la insolidaridad, el de la condescendencia y el silencio cómplice o cóbarde de las instituciones y de una parte de la sociedad, indiferente a su condición nacional. El renuevo será el de una España joven, sin esas lacras, la España «*del cielo y de la maza*».

Claro que, de momento, siguiendo con los versos machadianos, he de conformarme con esperar a que broten del olmo, secado por la puerca política al uso, «*algunas hojas verdes*», ocasionadas por «*las lluvias de abril y el sol de mayo*», es decir, de una fuerte Primavera de España. También mi corazón –y mi inteligencia– espera ese «*milagro hacia la luz y hacia la vida*». En ese caso, prometo mi abrazo al árbol, porque seguro que rebajará mi nivel de estrés y me traerá algo de paz a la conciencia.

España despertará

Y cuando España despierta es implacable. Sánchez buscará una salida personal por esos mundos porque aquí no podrá salir a la calle

Juan Van-Halen (*El Debate*)

España está dormida. Se halla en un sopor sin precedentes cercanos. Se aprovecha de la situación un tipo sin principios y sin escrúpulos que se ha ganado a pulso el título de campeón de la mentira y de la trampa. Sin embargo, últimamente le he escuchado una verdad: que no convocaría elecciones para que no ganara la derecha. Y lo dijo ante la cúpula de su partido. Remedió el desliz con una mentira y ante el Rey aseguró a la Princesa de Asturias «la lealtad, el respeto y el afecto del Gobierno» al tiempo que tres ministros de ese Gobierno y más de medio centenar de diputados de sus socios filocomunistas no asistían al solemne acto en el Congreso y la inefable Ione Belarra declaraba: «Vamos a trabajar para que Leonor nunca sea Reina» coincidiendo con Irene Montero. Que estas dos ignorantes sean ministras del Reino de España también se lo debemos a Sánchez y a sus apuros para llegar a Moncloa. Un prólogo a la entrega ignominiosa que vivimos hoy.

Francesco Guicciardini, considerado uno de los padres de la historiografía, filósofo, embajador de la Florencia de los Medici ante el Rey Fernando el Católico, dejó páginas inteligentes sobre aquella Corte y



aquel tiempo, desde su cercano trato con el Monarca, en *Relazione di Spagna*. Ahora resulta amargo leer a Guicciardini porque la unidad de esfuerzos y de destino que él admiraba en aquella España creciente de 1511 desde su visión del complejo puzzle italiano es, cinco siglos después, una realidad puesta al servicio del mejor postor. No es que los independentistas se cuestionen si España es o no es, lo cuestiona el propio presidente del Gobierno que alimenta el riesgo cierto de la fragmentación, apuesta por ella y, de hecho, promueve que se desdiga a sí misma. Y sólo por su conveniencia personal.

En España los nacionalismos fueron la desembocadura desbordada de los razonables regionalismos, con el romanticismo al fondo; más sentimiento que estrépito. La inmensa mayoría de las regiones no fueron más allá de las tradiciones, de la lengua

y de los llamados hechos diferenciales que, además, venían de atrás y nunca habían representado exclusiones o rupturas. Esos nacionalismos iniciales tomaron pulso en épocas de decadencia española. En Cataluña, sobre todo, como reconoció Cambó, bebieron también de la rápida y creciente riqueza entendida como superioridad. En contra del proclamado victimismo, Cataluña siempre fue una región mimada por los Gobiernos nacionales, destinataria de grandes inversiones, con sus industrias protegidas y su economía primada. Apuntalaba sus delirios en un Estado que sólo había existido en los sueños de algunos avispados.



Tras el desastre del 98, los nacionalismos románticos crecieron, se tensaron y se convirtieron, ya sin careta, en potenciales independentismos. Otra vez aprovecharon la debilidad de una España noqueada, desnortada y sin pulso. Los nacionalismos tomaron fuerza aprovechando la debilidad de Gobiernos nacionales pusilánimes, sin valores, que en ocasiones ponían en duda el mismo concepto de nación. Es lo que, agravado, vivimos hoy. A cambio de apoyos parlamentarios inmediatos, ya en el cercano pasado, se concedían privilegios a quienes se habían inventado una Historia fabulosa.

La actitud de los socialistas y de su partido venido a menos, gregario, errático, que no sobrevivirá al egocentrismo de Sánchez, ha traspasado todos los límites. También los de la dignidad. Es una máquina de asentimientos que no ve más allá de sus salarios. Pero eso no es eterno, no tiene futuro. España saldrá adelante como ha salido de tantos Sánchez que soportó a lo largo del tiempo. Personajillos embaucadores, sin principios y alzados sobre sus egos. Este Sánchez, trilerero y mentiroso, que ha engañado a sus votantes, nos afecta directamente porque es el que nos toca padecer, pero los amantes de la Historia sabemos que no es el único ni acaso será el último.

España despertará. Y cuando España despierta es implacable. Sánchez buscará una salida personal por esos mundos porque aquí no podrá salir a la calle. Y los palmeros que le han seguido desoyendo el alegato de sus conciencias quedarán huérfanos de bicocas y señalados en sus pueblos y ciudades. Esto lo viviremos. Por eso confío, como tantos españoles, en que nuestra Historia no volverá a escribirse desde el chantaje de media docena de votos de quienes no creen en España. Sean presidentes de Gobierno o fugados de la Justicia.

La Princesa de Asturias

«Allí estuvo un socialista viendo jurar a la Princesa de Asturias una Constitución que él está dispuesto a romper. Mejor dicho, que ya está rompiendo»

Esperanza Aguirre (elSubjetivo)

Ayer, 31 de octubre, la hija primogénita del rey Felipe VI, Leonor, Princesa de Asturias, cumplió 18 años, así alcanzó su mayoría de edad. Y lo primero que hizo fue comparecer en el Congreso de los Diputados y allí, ante los diputados y senadores del Reino de España, juró la Constitución Española.

Fue un acto solemne, pero al mismo tiempo austero. No tengo la menor duda de que, si los ingleses tuvieran Constitución y su Princesa de Gales –título equivalente al nuestro de Asturias para la heredera– acudiera a la Cámara de los Comunes a jurarla, organizarían una serie de ceremonias, desfiles y fastos que abrirían los telediarios de todo el mundo. Nosotros somos diferentes a ellos y más austeros, que también es una forma de ser elegantes.

He dicho que juró delante de los diputados y senadores que ostentan la representación de la nación española. Pero no es verdad. Faltaban los que han sido elegidos en las listas de los partidos que, de manera expresa, tienen entre sus objetivos la destrucción no sólo de la Constitución, sino de la misma nación española.

Los de Bildu, herederos directos de los terroristas que, durante 50 años, llenaron España de cerca de un millar de cadáveres.

Los del PNV, que se dedicaron a recoger las nueces que caían del árbol que sacudía ETA con sus crímenes, y que ahora no saben exactamente dónde se encuentran.

Los de Junts, golpistas en 2017 contra España, en nombre de una supuesta nación catalana, que querían que fuera su feudo del 3% para alimentar la ingente corrupción del pujolismo.

Los de ERC, también golpistas catalanes, que no pueden ver a los de Junts porque no quieren que les hagan la competencia a la hora de devorar el pastel que creen tener al alcance de la mano.



El del BNG, que, aunque sabe que en Galicia tiene pocos seguidores, se apunta al circo de los que odian a España para ver qué le cae.

Todos ellos se presentaron a las últimas elecciones con unos programas en los que no escondían sus propósitos. Y sólo obtuvieron

en total el 6,79% de los votos emitidos, para conseguir únicamente 26 escaños de los 350 de la Cámara.

A estos representantes de partidos filoterroristas, golpistas e independentistas se les unieron ayer otros cuantos de esa amalgama de comunistas disfrazados que constituyen el batiburrillo de Sumar, unidos, eso sí, por un odio militante a todo lo que signifique civilización occidental y democracia liberal, empezando por la separación de poderes, por los controles y contrapesos del poder, o por el reconocimiento de que España es la nación más antigua de Europa.

Todos los que ayer se ausentaron de la ceremonia de jura de la Princesa de Asturias quisieron, con ese gesto de desprecio a la Corona, que es una de las instituciones esenciales de nuestro edificio constitucional, dejar claro que no sólo rechazan, sino que quieren destruir la monarquía parlamentaria.

Quieren olvidar que la monarquía parlamentaria que tenemos en España desde 1978, la tenemos porque los españoles votamos tenerla, y además de una manera arrolladora, con, por ejemplo, el 92% de los catalanes.

Como quieren esconder que uno de los factores esenciales para lograr, hace 45 años, que en España nos diéramos un régimen democrático admirable, con una Constitución de todos y para todos los españoles, fue la actuación de Don Juan Carlos, auténtico motor de los cambios de la Transición y, sin duda, protagonista esencial de la recuperación de todas las libertades políticas.

También quieren que los españoles no reconozcamos la suerte que tenemos por tener un Rey como el que tenemos, Felipe VI, que cumple con estricto rigor todas sus misiones de Jefe del Estado. Y que, con su categoría humana, encarna a la perfección esa tarea esencial que le adjudica nuestra Constitución de ser el símbolo de la unidad y de la permanencia de nuestra patria.

Todos los que ayer se ausentaron tampoco podían soportar la seriedad, el sentido de responsabilidad y la solemnidad con que la Princesa de Asturias juraba esa Constitución que tanto odian y demostraba así la voluntad de la Corona de seguir siendo el símbolo de unidad de nuestra nación y la garantía última de nuestra libertad.

Pero, con ser execrable el espectáculo de todos esos enemigos acérrimos de la unidad y de la libertad de todos los españoles, lo más preocupante de lo que la inmensa mayoría vivimos ayer con ilusión es saber que, dispuesto a juntarse a ellos, se encuentra un socialista, que ha hecho suyos, con un entusiasmo que produce náuseas, sus objetivos. Objetivos que, de forma especialmente traidora, escondió en su programa electoral. Más aún, que explícitamente los rechazó en sus intervenciones anteriores a las elecciones.



Y que allí estuvo, viendo jurar a la Princesa de Asturias una Constitución que él está dispuesto a romper. Mejor dicho, que ya está rompiendo.

Pero en un día tan importante para todos los españoles como el de ayer no vamos a quedarnos únicamente en denunciar a los que quieren acabar con la Corona, con la Constitución, con nuestra nación y con nuestra libertad. Tenemos que alegrarnos de contar con una princesa, que ya está perfectamente preparada para seguir encarnando las funciones que los españoles le hemos asignado. Con una princesa que, está provocando el entusiasmo de todos los que contemplamos la seriedad y la madurez con que acepta las enormes responsabilidades inherentes a ese título de Princesa de Asturias.

Ella es, desde ayer, un motivo para la esperanza de la permanencia de nuestras libertades y para la alegría de sentirnos todos españoles.

España, perdida en su habitación

José Javier Esparza (*La Gaceta de la Iberosfera*)

Periodista, escritor e historiador. Director y presentador de «El Gato al Agua» de El Toro TV.

Corrían los primeros ochenta cuando Mecano –nostalgia boomer– lanzó su tema «Perdido en mi habitación», uno de sus grandes éxitos. «Perdido en mi habitación –decía la canción–, busco en el cajón alguna pastilla que me pueda relajar, me pueda quitar un poco de angustia». El tema tuvo algún problemilla fuera de

España porque su letra aludía claramente al consumo de drogas, práctica que, en la época, aún estaba mal vista, al menos en público. En todo caso, retrataba muy bien el estado mental del burguesito de la época, tan rodeado de comodidades que no sabía qué hacer con su vida. La pérdida del sentido (de la vida) era ya uno de los grandes asuntos del Occidente de entonces, y España no era una excepción. Uno cree que lo tiene todo, constata que no le sirve para nada y, en consecuencia, se lanza al consumo de psicotrópicos. Literalmente, uno se pierde en su habitación. Hoy España está igual: perdida en su habitación, en este saloncito que las autonomías han troquelado como los muebles de un dormitorio de Ikea. Y sin sentido.

Hoy, 31 de octubre, la princesa de Asturias, Leonor de Borbón, cumple 18 años y jurará la Constitución, como corresponde a un monarca constitucional. No es sólo un gesto formal: el ritual confirma el compromiso de la Corona con la continuidad histórica de la nación española, organizada políticamente en torno a la Constitución de 1978. Esa jura tendrá lugar en el Congreso de los Diputados, engalanado para la ocasión con el toldo rojo de las grandes celebraciones. Visto desde fuera, en las fotos se plasmará la normalidad institucional de un país avanzado. Pero ahora miremos más de cerca la fotografía. Descubriremos entonces que el acto va a ser presidido por una señora –Francina Armengol– que siempre ha blasonado de sus convicciones republicanas, que en más de una ocasión ha promovido iniciativas contra la monarquía y cuyas simpatías hacia el separatismo catalán son más que notorias. Descubriremos



también que en la foto van a faltar –y bien ruidosamente lo han anunciado– los principales apoyos parlamentarios del Gobierno: el separatismo catalán, el separatismo vasco, la extrema izquierda de Podemos (ni siquiera sus ministros) y algún conspicuo representante de Sumar. Dicho en otros términos: la Corona va a manifestar su compromiso con la nación española ante un poder que no siente hacia la nación compromiso alguno.

Eso será hoy. Ayer, 30 de octubre, los emisarios del poder –del Gobierno– acudían a Bruselas para rendir pleitesía a Carlos Puigdemont, ex presidente de la Generalidad de Cataluña, que abusó de sus facultades para promover un golpe secesionista que pretendía romper la unidad nacional. El presidente del Gobierno lo ha dicho con toda claridad: necesita los votos de los fieles de Puigdemont para gobernar, así que, «en nombre de España» (que ya hace falta cuajo), pactará con uno de los enemigos más visibles de la nación. Con el otro enemigo más visible, que es el mundo de ETA, ya había pactado antes. El acuerdo con Puigdemont ha incluido la devolución al fulano del título de «presidente». No consta que los enviados del PSOE lamieran los pies del homenajead, pero, si éste lo hubiera pedido, Sánchez lo habría hecho sin el menor reparo. En nombre de España. Y en nombre de España propondrá amnistiar de sus delitos a Puigdemont y a sus secuaces. Lo cual significará desautorizar a los tribunales españoles y a la propia Corona. Esa misma Corona a la que hoy, tan hipócritamente, se celebrará en la jura de Doña Leonor.

Todo esto usted ya lo sabe. Pero hay que repetirlo y ponerlo así, negro sobre blanco, para poder leerlo despacio y calibrar la magnitud del disparate –trágico disparate–

en el que nuestro país se ha sumergido. El oropel de la Corona es hermoso, pero el poder de verdad no está en sus manos, sino en las de quienes han convertido su propia derrota electoral en una ofensiva contra la supervivencia histórica de la nación española. Lo cual, por cierto, incluye a la Corona en la inevitable lista de víctimas de la operación. También a usted. Y a la habitación que compartimos. Y a Mecano si es preciso.

La pregunta es cuándo nos perdimos: cuándo España se perdió en su habitación. Respuesta provisional: eso ocurrió en el mismo momento en que la nación renunció a cualquier proyecto colectivo de poder –sí, he dicho poder– para limitarse a vege-

tar, cual burguesito atribulado, en la mollicie de su propio spleen. Todo el relato de la transición democrática ha venido implícitamente acompañado de un estribillo que nos decía «ya hemos llegado donde queríamos». ¡Qué va! ¿De verdad creíamos que habíamos llegado a nuestro propio y salvífico fin de la Historia, un estado de paz perpetua desplegado en torno a la «democracia-que-nos-hemos-



dado» y la Santa Constitución? La Historia es una madrastra severa: sólo permite sobrevivir al que se lo trabaja. En política, eso significa hacer exactamente aquello que nuestros políticos nunca han intentado de verdad: construir un poder soberano o, si se prefiere, lo más potente posible, para que nadie, ni dentro ni fuera, esté en condiciones de devorarnos. Por eso no basta con esgrimir la Constitución frente al enemigo. La Constitución no tiene uñas ni dientes. El enemigo, sí.

El gran proyecto para que España siga existiendo como nación –si es que aún queda algún español interesado en el asunto– tiene que ir mucho más allá de la Constitución y de la Corona. Ese proyecto se llama autonomía energética, vitalidad cultural, defensa militar, despegue económico, influencia en el exterior... Los franceses lo llaman «puissance», que queda más elegante que el español «poder», pero que, al cabo, viene a ser lo mismo. Y si no, seguiremos perdidos para siempre en nuestra pequeña habitación, con Leonor, quizá reina, flotando sobre las moquetas de las Cortes mientras las hienas se reparten a dentelladas las joyas de la Corona. Y ya no nos quedarán ni los psicotrópicos de Mecano.

Puigdemont chantajea a Sánchez: «La alternativa es la muerte del PSOE»

Puigdemont quiere más y lo quiere ahora. Sabe que el PSOE vive la etapa de menos poder de su historia y, «si Sánchez pierde el Gobierno el PSOE se juega su existencia». Lo avisó Elorza en el Comité: «No tenemos plan B»

Alberto Pérez Giménez (*Vozpópuli*)

«¿Qué ceden ellos? ¿A qué se comprometen a cambio? La amnistía NO puede entenderse por la ciudadanía como el perdón de un Estado democrático a quienes han declarado hasta la saciedad que lo volverán a hacer, que volverían a promover un proceso unilateral saltándose la Constitución. Dependemos hoy de Puigdemont que como político no se ha ganado el respeto porque desprecia a España y la democracia». (Odón Elorza, miembro del PSOE, ante el Comité Federal del partido,

la boca pequeña de Emiliano García Page y el aplauso rendido a Pedro Sánchez de quienes hace apenas unas semanas pensaban como él).

En estos días en que Sánchez vende por un puñado de escaños la dignidad de un país, considera ilegal la actuación de jueces y fiscales, de policías que se jugaron la vida en las calles y que algunos perdieron la salud para siempre tras ser machacados por adoquines y que consagra la desigualdad de los españoles, tanto económica como ante los tribunales, conviene leer a la prensa indepe para intentar darnos cuenta de hasta dónde va a llegar la felonía del inquilino de la Moncloa por permanecer cuatro años más en el machito.

La misma mañana del jueves, cuando se precipitaban los anuncios de acuerdo con ERC y se montaba en Bruselas el escenario donde Carles Puigdemont –el fugado de Waterloo– iba a anunciar la rendición de España junto a la cúpula de Junts, el digital VilaWeb –órgano oficial del régimen puigdemontista– avisaba a Sánchez y al PSOE de lo que podía pasar si no aceptaba los «flecós» finales de la negociación.

Puigdemont, Sánchez y el peor momento del PSOE

En un editorial de su director, Vicente Partal, avisaba a Sánchez sin paños calientes: «El PSOE necesita pactar porque la alternativa es la muerte del partido». Y continuaba amenazante el altavoz oficial de Puigdemont: «El PSOE no puede perder de ninguna manera el Gobierno de España si no quiere hacer peligrar su propia existencia... Los socialistas están dispuestos a aceptarlo casi todo con tal de pactar... ¿Y

esto por qué? Simplemente, y no es poco, porque está en juego la existencia del Partido Socialista. El PSOE está en el peor momento de la historia en cuanto a poder institucional».



En su repaso, recordaba que «en cuanto a diputaciones, que son la gran cueva de Alí Babá para los partidos, el PSOE también está bajo mínimos. Tan sólo gobierna en doce. El año pasado gobernaba en veintiséis

y había llegado a controlar su 80%», y en las CCAA, «la situación no puede ser más clara. Solo gobierna en Asturias, Navarra y Castilla-La Mancha, ya las dos primeras en coalición. Tras perder Andalucía, el PSOE dejó de gobernar en otras cinco comunidades autónomas, y eso es mucho sueldo».

Y el órgano oficial de Puigdemont, al llegar el momento definitivo de la negociación entre Sánchez y el hombre del maletero, recordaba a Su Sanchidad que al PSOE solo le sostiene «el gobierno de España, sin duda la máquina que puede aportar más cargos, colocaciones y dinero a repartir de todas las administraciones existentes. ¿Y qué le pasaría si perdiera el gobierno de España? Que nada tendría. El PP puede aguantar en la oposición, pero la cruda realidad es que el PSOE no. Y de ahí vienen las prisas y la repentina capacidad de aceptar cosas. Que, según parece y según se explica en voz bajita, todavía no hemos visto nada, como quien dice...».

Efectivamente, ese jueves –cuando desde Ferraz se daba todo por hecho y se escenificaba el acuerdo con ERC y la foto de Bolaños con Junqueras– se aplazaba el acuerdo final con Junts. ¿Qué había pasado? Las exigencias finales de Puigdemont no podían ser asumidas por nadie más que no fuera el propio Sánchez.

A la mañana siguiente, VilaWeb volvía a dar las claves del «frenazo» al acuerdo en otro artículo no menos descarnado y ofensivo para mostrar el chantaje al que Puigdemont somete a Sánchez y, con él, a todos los españoles. «Pedro Sánchez: de momento, aquí hay más pan que queso», en referencia a que todo lo que ha cedido es poco para Junts, y avisaba: «Hasta ahora, Sánchez ha tenido un camino plácido y ha tenido que ceder muy poco (sic) y en cosas que no son sustanciales (otra vez sic). Ahora veremos cómo reacciona en la última fase, que es la sustancial».

Los de Junts, a través de su digital, muestran el camino que Sánchez tiene que seguir recorriendo, aunque sea de rodillas, si no quiere perder el Gobierno de España (y, por tanto, «poner en peligro la propia supervivencia del PSOE»): la ley de amnistía tiene que «acoger a los afectados por la lawfare». Es decir, acusar directamente a los jueces de instrucción, de las audiencias y del Supremo de haber dictado sentencias «políticas». Exigen la rendición y la traición definitiva de Pedro Sánchez y, con él, del



Estado de Derecho, y se muestran convencidos de que no se atreverá Sánchez a romper «después de haber ido tan lejos, por los casos concretos de unas pocas personas».

Y por si hubiera alguna duda de lo que nos espera en el acuerdo definitivo entre Sánchez y Puigdemont, el altavoz de Junts avisa: «Sánchez no ha tenido que ceder prácticamente nada (...) Y

por eso ha podido dedicarse a repartir más pan que queso. El pacto con Sumar es flojísimo, de tal docilidad que la gente de Podemos sube por las paredes (...) y los acuerdos que anunció con Esquerra Republicana son más de titular de diario que efectivos».

Traspassar los trenes le parece un chiste mientras «España tenga el 50% del consejo de administración y en la que las decisiones estratégicas deberán tomarse por una mayoría cualificada, lo que significa que Madrid tendrá derecho de veto». Y la condonación del 20% del FLA, una filfa porque «el FLA es un mecanismo denunciado siempre como perverso por el independentismo y que básicamente consiste en coger nuestro dinero, llevarse y después hacernos pagar por devolvernos una parte». Migajas...

Y ahora llega lo definitivo, el queso del bocadillo, «la carne en el fuego. Hasta ahora los acuerdos le han salido a muy buen precio, baratitos (...) De su reacción durante las próximas horas y días dependerá de si remata su plan como él quiere y es presidente o se derrumba y hay nuevas elecciones».

El problema es que Sánchez ya no puede dar marcha atrás: ya no puede acudir a las urnas envuelto en la bandera de España (sería capaz) porque en esta negociación ha entregado todo y ha dejado al PSOE en los huesos, mostrándolo como un partido capaz de enterrar la separación de poderes y la igualdad de los españoles por mantenerse en el poder.

Lo dijo Odón Elorza en el pasado comité federal. «No ha existido un Plan B tras nuestra derrota electoral el 23J. Un Plan B significaba una estrategia del PSOE pensada para preparar la hipótesis de una repetición de las elecciones. Se renunció a esa opción y nos hemos volcado en el Plan A para sacar la investidura (...) Si finalmente se celebraran nuevas elecciones acudiríamos en una posición de gran debilidad (...)

Tenemos que preguntarnos, en el caso de que no acertemos con la redacción de la ley, qué precio y durante cuánto tiempo pasaría factura al PSOE».

Y precisamente en que Sánchez no haya previsto un plan b reside la fuerza de Puigdemont para chantajearle a él y a todo un Estado. Sabe que ya no puede dar marcha atrás, que si hay elecciones, perderá el Gobierno y el PSOE tardará años en recuperarse –si es que lo hace algún día–. Por eso, Armengol ya ha habilitado en el Congreso todos los fines de semana y festivos hasta el 27 de noviembre para intentar celebrar la investidura. Acabará cediendo en todo lo que exija Puigdemont. Y si no hay pacto, será porque el fugado de Waterloo, como le exigen sus bases, no quiera. Contra Madrid y Moncloa, se vive mejor en Cataluña.

Ante el gran fraude de ley que se avecina

Miguel Ángel Loma Pérez (*El Debate*)

Abogado (Cartas al director)

Dice nuestro Código Civil en su art. 6.4 que «Los actos realizados al amparo del texto de una norma que persigan un resultado prohibido por el ordenamiento jurídico, o contrario a él, se considerarán ejecutados en fraude de ley y no impedirán la debida aplicación de la norma que se hubiere tratado de eludir». Con los Gobiernos de Pedro Sánchez, este precepto ha ido adquiriendo fundamental relevancia, pues si algo ha caracterizado a los partidos separatistas en su exitosa deriva contra España ha sido la utilización sistemática (y consentida) del fraude de ley en cada uno de sus meditados pasos hacia la secesión, invocando siempre alguna norma de aquí o de allá, pero vulnerando otra u otras de mayor enjundia. Estas intenciones fraudulentas se adivinaban ya en el Acuerdo en 2020 entre ERC y PSOE, cuando se omitía cualquier mención a la Constitución, y de cuyo texto era fácil prever que, en fraude de ley y retorciendo la interpretación de otras normas, para «superar la judicialización» del «conflicto» se intentaría convocar algún tipo de referéndum, eludiendo la soberanía nacional del pueblo español.

Ahora asistimos a un nuevo avance más decisivo y demoledor aún contra el Estado de derecho, con la aprobación de una ley de amnistía. Contra tan fraudulento proceder cabe la resistencia de la oposición política, de los medios de comunicación que no se sometan a la mordaza sanchista, y hasta del pueblo español denunciando por todos los medios la gravedad de lo que sucede. Pero sobre todo, lo que ha de resultar fundamental será la valiente actuación de jueces, fiscales, abogados del Estado y demás funcionarios desde sus respectivas funciones y obligaciones de respetar y defender la ley. ¡Fuerza y honor!

La presidenta de la APM: «Si el TC no responde a la amnistía como procede, tenemos a la justicia europea»

La presidenta de la Asociación Profesional de la Magistratura y decana de los juzgados de Madrid, María Jesús del Barco, es la invitada de esta semana en «Cara a cara con Gabi Sanz»

Celia Alonso (*Vozpópuli*)

La presidenta de la Asociación Profesional de la Magistratura y decana de los juzgados de Madrid, María Jesús del Barco, debate en «Cara a cara con Gabi Sanz» sobre la futura ley de amnistía que está negociando el PSOE con Carles

Puigdemont para tratar de asegurar la investidura de Pedro Sánchez. Asegura que si el Tribunal Constitucional no da la respuesta que ella entiende que «procede», el asunto irá a parar a manos del Tribunal de Justicia de la Unión Europea «porque estamos hablando de amnistiar delitos como la malversación y Europa, en este tema, está corrigiendo y advirtiendo permanentemente a los Estados sobre la corrupción».

En este sentido, la magistrada deja claro que, en caso de choque entre el Constitucional y el TJUE, «el derecho europeo está por encima de nuestro ordenamiento jurídico» por lo que, a la hora de resolver, el TC debería tener en cuenta los estándares europeos.

Por otra parte, del Barco explica que la ley de amnistía «supone dejar sin efecto la sentencia de órganos judiciales e investigaciones por hechos delictivos». Conceder esta ley, en su opinión, «supone decir que los jueces han actuado de forma arbitraria y que han juzgado delitos políticos, y esto no es así».

Por encima de la ley

«Hay personas por encima de la ley: el propio Pedro Sánchez y todo aquel al que él considere que necesite para poder gobernar»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio y gerente del bufete NOVALEX SPAIN.

Ro existe instrumento más igualador que la ley emanada de un parlamento democrático y sustentada en el respeto a los derechos y libertades fundamentales del individuo. Triste es comprobar cómo aquel Estado garante y facilitador, que estaba llamado a servir a los ciudadanos para la consecución de mayores cotas de prosperidad y libertad, ha sido corrompido por quienes lo conciben como una herramienta de represión y control social con la que afianzarse en el poder.



La socialdemocracia pronto despreció el sustrato liberal que le es consustancial y ha acabado mutando en una versión identitaria del socialismo incompatible con el pluralismo político, dispuesta a imponer una interpretación militante de la Constitución para que coadyuve los intereses de los suyos. Socialismo antes que democracia.

Cuando el legislador confunde deliberadamente el interés propio con el de los ciudadanos y

apela falsamente a la convivencia para obrar en su exclusiva conveniencia, las leyes dejan de ser garantía de igualdad y se tornan en simples medios para la institucionalización del privilegio y de la arbitrariedad que alejan al pueblo de las instituciones y lo empujan hacia el clientelismo de subsistencia. Y la quiebra de la igualdad lleva indisolublemente aparejada la de la legalidad.

A este escenario tan increíble como nefasto es al que nos ha conducido el PSOE, que tras ser uno de los actores decisivos en el alumbramiento de la Constitución del 78,

ha decidido ahora, bajo la batuta del sanchismo, convertirse en el principal protagonista de su demolición, asumiendo los modos y los fines del separatismo: ¡incluso en su último comunicado se refieren a Puigdemont como «President»!

Tras un par de meses en los que había dejado el trabajo de zapa a sus mamporreros habituales, Sánchez defendió por fin la amnistía explícitamente ante el comité federal. Los mismos socialistas que hace apenas unas semanas aseguraban que la amnistía no cabe en la Constitución, aplaudían a Pedro extasiados cuando propuso aprobarla «en nombre de España y de la convivencia». El PSOE mostró en el comité su verdadero rostro estalinista, regalándonos imágenes que podríamos calificar de esmerpento norcoreano, si bien es cierto que la foto del número tres de los socialistas, Santos Cerdán, reunido con Puigdemont en una estancia dominada por una enorme imagen de los catalanes portando una de las urnas del 1-O, anticipa que cualquier humillación presente no será nada comparada con las que están por venir.

Les confieso que no puedo evitar sonreír cuando recuerdo al Sánchez candidato y sus soflamas regeneracionistas, que eran repetidas por sus abnegados seguidores con la condescendencia que les caracteriza, propia de quienes consideran que su ideología les confiere una superioridad intelectual y moral que en absoluto se com-

padece con la realidad. Ellos eran los valedores de la dignidad y de la decencia y Pedro era su profeta.

Quién los ha visto y quién los ve, defendiendo ahora la indignidad más sangrante y la indecencia más absoluta. Antes de las elecciones generales que parieron el gobierno de coalición que nos ha



traído hasta aquí, Pedro aseguraba con aplomo: «Nadie está por encima de la ley. Puigdemont es un prófugo de la Justicia. Trabajaremos para que el sistema judicial español, con todas sus garantías, pueda juzgarlo con imparcialidad. La Fiscalía cuenta con el respaldo del Gobierno en defensa de la ley y del interés general». Pues tres años después ya podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que sí, que hay personas por encima de la ley: el propio Pedro Sánchez y todo aquel al que él considere que necesite para poder gobernar.

Las piruetas argumentales del socialismo sobre la pacificación, la reconciliación y la convivencia en Cataluña para justificar la amnistía son pura basura, papilla vomitada por Moncloa sólo apta para el consumo de los más fanáticos que han delegado en el partido su capacidad de pensar y han renunciado a la vergüenza y a la dignidad. La realidad es que Pedro, su amado líder, está dispuesto a consagrar institucionalmente la impunidad de Puigdemont y a abrazar el relato del procés a cambio de los siete votos de «Junts per Catalunya» para ser investido. Ni más, ni menos.

Así que voy a permitirme el atrevimiento de pedirles a los que profesan la religión sanchista que nos ahorren el bochorno de su destape político e intelectual –si es que alguno merece tal calificativo– para vendernos las bondades de la amnistía en nombre del progreso o del reencuentro con los catalanes. Métense el relato por donde

les quepa, que ya no toleramos más, y déjennos al menos velar en silencio el cadáver de la democracia que España pudo ser y no es.

La vía catalana

Hughes (*La Gaceta de la Iberosfera*)

De formación no periodística, es economista y funcionario de carrera.

Una medida que «se acerca la investidura», que es la forma mediática elegida para contar y titular el proceso de cesiones al separatismo, observamos que se va limpiando un camino. Primero fueron los indultos, las reformas penales de los delitos y ahora la amnistía. Además, la progresiva eliminación de la, digamos, condena moral y política que administran los medios y partidos. Todo lo que el separatismo catalán hizo durante aquellos días de octubre deja de ser delito, deja de estar mal, deja de ser cuestionable. Y probablemente dejará de ser considerado así por ser «democrático», por ser «expresión de demandas nacionales».

Con esto, la vía catalana queda restaurada y homologada como vía posible para cualquier anhelo democrático y nacional. No sólo lo sucedido en octubre de 2017, también durante los años anteriores del procés, el llamado procesismo.

Todo eso que se hizo para torcer el brazo al Estado resulta que estuvo bien hecho y que se admite como vía posible.

Mientras Sánchez defendía la amnistía públicamente (queda así encadenado a ella), Vox reunía a muchos miles de personas en Madrid para protestar por ello. La mani-



festación fue un éxito. Vox va rompiendo el cerco mediático de una manera lenta, difícilísima, con figuras de internet y personas como Luis del Pino o Girauta, contadísimos islotes en los medios. Pero en lo que tuvo de éxito, su logro consistió también en acceder, tocar con los dedos la otra orilla: ver a Rosa Díez, a Savater... Por fin Vox puede contactar con la «resistencia constitucionalista», con el re-

sistencialismo constitucionalista prestigiado. Años de trabajo para eso, pero a la vez, ¿no sentimos una sensación de *déjà vu* viendo a esas personas? Incorporan décadas de experiencia en la oposición a lo que ahora está culminando: manifestaciones en Colón, apelaciones a la Constitución e invocaciones, como si fuera el dios Manítú, al Estado de derecho para que se manifieste por fin...

Pero no hay noticias de Él. Tampoco de Europa, Zeus del orden con su trueno positivista en una mano.

Entonces, con un ojo miramos eso (sentimos un crujido frío y seco con el constitucionalismo, también en su versión protestantiva) y con el otro vemos cómo queda inmaculada, legalizada, validada, la vía catalana... Entonces, si una aburre y no ha conseguido casi nada, ¿por qué no probar con la otra?

Los separatistas catalanes han dejado un modelo de actuación: la resistencia civil no violenta. Así la llamaban. Es importante que no sea violenta, que no sea cruenta. Sólo un grito democrático que acongoje al disidente. ¿Verdad que se puede escrachear a

los líderes políticos en las puertas de sus casas como hacían, sin ir más lejos, con Arrimadas? No es necesario tampoco quedar reducido al manifestódromo de Colón. Se podría intentar la manifestación-performance que hacían en Cataluña: unir, por ejemplo, España de punta a punta con cadenas apabullantes, o rodear todos los lugares del mayor simbolismo telúrico-histórico...

Debería seguirse el modelo organizativo catalán: lo que ellos llamaron «la sociedad civil», por supuesto con fondos públicos. Los partidos quizás deberían financiar abiertamente a organizaciones civiles como Òmnium o a la ANC. ¿Una Asamblea Nacional Catalana? ¿Y por qué no una española? Que la nación (la llamaremos así, con todo el desahogo) se vaya aglutinando y desarrollando de esta forma, autoproclamada, que una voz se consolide frente al Estado opresor.

La vía catalana permite boicots muy concretos: anunciantes y empresas mediáticas podrían conocer así la existencia de aquello que silencian.

Todo esto está validado. También organizar una votación alternativa con ánimo constituyente. Sacar urnas de plástico en todos los colegios de España. Una mezcla de Cádiz y procés. ¿Por qué no hacerlo, si es completamente legal?

La vía catalana queda expedita para que el resto de españoles se organicen así. El genio catalán es digno de imitación. De la vía vasca por supuesto no digo nada porque aspiro, en el fondo de mi corazón, a ser un buen cristiano.
